

La enseñanza social del Papa

Juan Pablo II conocía bien la situación de Centroamérica y Panamá. Le llamaba la atención sobre todo los miles de muertos que ha causado la violencia, especialmente hoy en El Salvador y Guatemala, como ayer lo fue en Nicaragua. Sabía bien de la tortura y de la represión así como de los cientos de miles que han emigrado de los distintos países y los tambiecientos de miles que se han visto obligados a desplazarse dentro del propio país. Sabía de los cientos de millones de dólares que Estados Unidos ha enviado al área en El Salvador para hacer la guerra, en Honduras para preparar más al ejército y para ayudar a las bandas somocistas, que pretenden derrocar al sandinismo. Sabía también de la situación indigna de los indígenas de Guatemala a quienes se trata de privarles de todo; sabía del menosprecio en que se tiene al campesino y sabía también de las dificultades de los obreros.

Ante esta situación, una de las más dramáticas del mundo, el Pppa fue a la raíz de todos estos males. Es la secular injusticia estructural la que ha llevado a tensiones intolerables, cuyo efecto ha sido el estallido de la violencia. Ese punto ha quedado zanjado de una vez por todas. No es la prédica marxista, no son las ideologías foráneas las causas últimas de los males centroamericanos. Es la injusticia estructural llevada a límites extremos por un capitalismo egoísta, que pone por delante los derechos del capital sobre los derechos del trabajo. Esto es lo que ha llevado a una situación intolerable; esto es lo que ha hecho estallar la violencia. No ha sido la violencia revolucionaria lo primero, no ha sido ella la que ha traído como respuesta la opresión y la represión; no ha sido el influjo cubano-soviético que ha traído como respuesta la presencia militar de los norteamericanos. Ha sido la injusticia estructural, ha sido la desigual distribución de la riqueza, ha sido el nivel de miseria e inhumanidad en que vive la mayoría de nuestro pueblo.

El Pppai desea con todas sus fuerzas que esto termine. Pero piensa que no es a través de la violencia ciega, del uso injusto e inhumano de la fuerza como esto se



puede resolver. Ciertamente el Papa no ha cambiado la doctrina tradicional de la Iglesia del derecho al uso de una fuerza ~~proporcionada~~ para resistir a la fuerza injusta que contra uno se hace; no ha cambiado tampoco la enseñanza tradicional de que en determinados casos hay derecho a la insurrección armada. Pero puestos sus ojos de Padre y Pastor en las lágrimas de los niños, en los lamentos de las madres, en la desesperación de los pobres, ha dicho que no se siga adelante por el camino de la violencia, por el uso inhumano de la fuerza. Ha dicho también que no se enfrente el problema desde determinadas ideologías como son las del capitalismo, las de la seguridad nacional o las del marxismo, sino que se vaya a la realidad con ojos limpios y con corazón abierto para encontrar una solución que cambie conjuntamente el interior de los hombres y las estructuras sociales. Esto es lo que ha dicho a los que se profesan cristianos y que sin embargo hacen de distintos tipos de violencia el arma usual de su política.

Frente al alma de la violencia el Papa propone el instrumento del diálogo. Nadie debe ser excluido del diálogo por la paz, dijo fuertemente en El Salvador, precisamente donde unos piden el diálogo y otros, incluidas las autoridades que le recibieron tan gentilmente, no quieren el diálogo. No es que el diálogo sea fácil. No es que el diálogo no pueda ser manipulado como táctica dilatoria. En ese sentido el Papa reclamó que no debe prostituirse el diálogo, como también ~~podría~~ haber dicho que no se prostituyan las elecciones y otras medidas ofrecidas por el Presidente Magaña para encontrar la paz. El Ppa quiso ser realista y por eso habló en favor del diálogo, un diálogo difícil, pero un diálogo que ya no puede esperar más. Así lo entendió Monseñor Rivera que en sus homilias ha seguido reclamando la necesidad del diálogo para salir de la violencia irracional que nos domina, cuya cuantificación por él expuesta muestra que es predominantemente violencia del ejército y de los grupos ~~espa~~ paramilitares, que son como extensiones del propio ejército.

No por eso debe buscarse el cambio de un sistema explotador por un sistema totalitario. Los totalitarismos colectivistas y dogmáticos no son buenos. En su nombre pueden



cometerse los peores crímenes y las mayores atrocidades, cuando se deja de un lado al hombre y a la sensibilidad humana para hacer idolatría del poder sectario y de la propia ideología.

Hay que volver por ello a algunos principios fundamentales de la enseñanza de la Iglesia. No es que Juan Pablo II piense que esa enseñanza es una ideología o un sistema socio-político y económico que pueda poner en lugar del sistema capitalista o del sistema socialista. No es tampoco que todos los elementos de esa enseñanza sean igualmente válidos. Pero sí hay en el conjunto de la moderna enseñanza de la Iglesia, especialmente la que va de Juan XXIII y del Vaticano II hasta nuestros días principios orientadores de lo que no puede ser y también de los objetivos y de los medios que deben buscarse y seguirse. Recordó también el Papa con frecuencia a Puebla, en el supuesto que Puebla sigue y reafirma lo que se dijo en Medellín. A veces se ha tratado con ligereza el bien que puede hacer la enseñanza social de la Iglesia y aun el bien que puede hacer la inspiración directamente evangélica para orientar las cosas sociales que tanto tienen que ver con el hombre. Juan Pablo II nos anima a volver a meditar esas enseñanzas. A su luz aparecerá que la situación centroamericana es una situación de pecado social intolerable, que debe mover todas las energías para salir de él cuanto antes.

Otras muchas cosas dijo el Papa sobre el derecho a la tierra por el que la trabaja, del derecho a una educación libre, del derecho al trabajo y a un salario bien remunerado, del derecho a la sindicalización de los obreros, del derecho a la propia etnia de los indígenas, del derecho a la libertad, del derecho a tener cubiertas las necesidades básicas... Por eso sería injusto decir que por Centroamérica pasó únicamente el Papa de la paz. Pasó también el Papa de la justicia. No hay paz sin justicia. Y si en Centroamérica no hay paz es últimamente porque en Centroamérica no ha habido y no hay justicia.